

Aquella vetusta casa donde vivía Juanelo, el inventor, había pertenecido hacía muchos, muchos, muchos años a un viejo curandero que se llamaba Mesrop y que —decían— había venido desde el lejano reino de Vaspurakan. Aquel extraño hombre tenía una tienda donde vendía plantas curativas y todo tipo de potingues para aliviar el dolor y la enfermedad. Mas lo que nadie sabía es que en realidad practicaba la magia. Pertenecía a una estirpe de magos que, desde hacía cientos de años, había usado sus artes para ayudar a los demás. Aunque muchas veces los habían confundido con brujos, lo que podía ser muy peligroso en aquella época, por lo que se disfrazaban de médicos y farmacéuticos.

Mesrop fue el último de aquella saga de magos y hechiceros. Alguien lo descubrió y tuvo que huir. Pero dejó escondido en el sótano de aquella vieja casa un libro donde estaban escritos todos los hechizos, conjuros, fórmulas mágicas y recetas de pociones que su familia había ido creando a lo largo de los siglos. Las antiguas leyendas también decían que, junto al libro, había dejado una botella en la que había encerrado su aliento. Y que si la botella se abría y el aliento se escapaba, podía meterse en cualquier cuerpo y este recibiría toda la sabiduría del viejo mago Mesrop.

Cerca de la casa de Juanelo, había un hospicio para niños abandonados o muy pobres. Era un sitio feo y triste, que necesitaba de muchas reparaciones, pues el frío entraba por las grietas de las paredes y cuando hacía calor, este era insoportable. Allí malvivían los niños y niñas más desafortunados, a los que solo la caridad de la gente buena ayudaba a comer (poco) y vestir (mal). Los alimentos eran escasos y de mala calidad y los niños estaban delgadísimos y sucios. Pero el dinero de que disponía el hospicio era muy escaso...

Esperanza era una de aquellas niñas, sucias y con hambre. No sabía la edad que tenía, pero debía de andar por los ocho o diez años. A pesar de su pobre y mísera vida, era muy alegre. Tenía una gran imaginación y era muy aventurera. Siempre andaba explorando los alrededores, metiéndose en los lugares más difíciles.

Y fue en una de esas escapadas cuando descubrió un túnel. Estaba muy oscuro, pero pudo más su curiosidad que el miedo. Y allí que se metió. Sin saber cómo, y después de andar bastante por ese pasadizo (muchas veces, casi a gatas), llegó a una puertecita. Era poco más grande que una gatera y la madera estaba bastante podrida.

Otra vez su curiosidad le hizo abrirla, sin saber dónde iba a entrar. Igual era una casa habitada: los dueños la cogían y la llevarían de una oreja al hospicio, muy enfadados, y allí la castigarían. Ya era demasiado tarde. La portezuela chirrió. Se ve que hacía muchísimos años que no se abría. Tuvo que apartar, no sin asco, varias telarañas. Había llegado a un sótano, sin duda. El techo era muy bajo y estaba casi tan oscuro como el túnel.

Había un montón de cosas, con las que iba tropezando a cada paso. Llevaba un cabo de vela que había usado a ratos en el túnel. Lo había cogido de la alacena de la cocina del hospicio, un día en que se coló buscando algo de pan, pues las tripas le hacían mucho ruido.

La luz de la vela iluminó aquel desorden. Esperanza dio un respingo al encontrarse cara a cara con aquel muchacho de palo. La niña no tenía ni idea de lo que era. Simplemente le pareció un muñeco de juguete, pero sucio y descolorido.

Comprobó que nadie la había oído entrar. Por lo desastrado y cochambroso que estaba todo, parecía como si nadie bajase allí a menudo. Se sintió segura y encendió un par de velas grandes que encontró. Ahora todo se veía mejor. También aquel muñeco, tan quieto. La imaginación de la niña, viva como era, le hizo ver en él a un muchacho de verdad, cansado y triste.

En una esquina había un espejo. Se miró en él y se vio igual de sucia y andrajosa que el muchacho de madera.

— Somos iguales —pensó.

Se acercó a él.

— ¿Quieres ser mi amigo? —le preguntó, como si pudiera oírla.

Ella misma se contestó afirmativamente.

— Déjame que te limpie un poco. Nadie te cuida, ¿verdad?

— A mí tampoco —dijo Esperanza con voz triste.

— Pero a ti, te voy a cuidar yo.

Limpió a Juanelillo con un trapo. Lo hizo con mucho cuidado, como si estuviera enfermo. Encontró pintura. Con ella, le redibujó la boca y le coloreó los desteñidos mofletes. Parecía como si esa pintura colorada hubiera traído de nuevo la sangre a su cuerpo de madera, aunque nunca la hubiera tenido. Casi parecía que sonreía.

— Mañana te conseguiré unas plumas para tu sombrero. Ahora tengo que irme, pero volveré pronto —se despidió.

De nuevo, la gran fantasía de la niña le hizo ver un movimiento afirmativo de la cabeza de aquel muñeco inmóvil. Cerró con cuidado la puerta, esa tan pequeña y tan vieja, y se metió en el túnel.

Esperanza volvía cada tarde con su nuevo amigo. Lo acicalaba un poco, y ella misma también se arreglaba frente a aquel espejo. Luego se sentaba junto a Juanelillo y le contaba cosas. Sobre todo le hablaba de la vida en el orfanato, del hambre y el frío que pasaba, igual que el resto de los niños. Le contaba que no había suficiente dinero para reparar el edificio ni para darles bien de comer. Y a ella le parecía que el muñeco inanimado la escuchaba con sus orejas pintadas y que la miraba fijamente con sus ojos, dos círculos negros con dos puntos dentro, también negros.

Una de esas tardes, Esperanza curioseaba por el sótano. Vio a un ratoncito corretear por el suelo. Lo persiguió, hasta que el animalillo, asustado, se metió en un agujero de la pared. Ella, ni corta ni perezosa, metió dentro la mano y hasta el brazo. La pared estaba muy húmeda y tenía moho. De repente, se rompió un trozo, que cayó haciendo bastante ruido y levantando polvo.

La niña se asustó. Era posible que el ruido hubiera llamado la atención de quien vivía arriba y, si la pillaban, ya nunca más podría volver a visitar a su amigo de palo.

Pero no pasó nada. Ahora el hueco en la pared era más grande. Y, otra vez, su curiosidad le hizo meter la cabeza dentro. Abrió mucho los ojos al descubrir aquel baúl. Pensó que se trataría de un tesoro y que estaría lleno de monedas de oro. Lo abrió, muy emocionada. Dentro no había oro, ni perlas, ni rubíes: solo un libro muy grande y pesado y una botella llena de polvo.

Ella no sabía leer y aquel libro estaba lleno de palabras y de dibujos raros. Como parte de su juego, se lo acercó a Juanelillo y empezó a hacer como si lo leyera. Se inventaba historias de caballeros y princesas, de dragones y brujas. Fingía leer aquellos cuentos de aventuras que ella misma iba creando.

Y aquel libro fue parte de sus juegos con Juanelillo, en aquellas tardes en que se escapaba del hospicio para ir a ver a su amigo, siempre tan quieto, siempre esperándola en el mismo sitio.

Y ella pasaba las páginas y le contaba al muñeco cómo un valeroso guerrero venció a un dragón de siete cabezas y luego se montó en un caballo con alas para subir a la torre de un castillo que estaba en una montaña, y allí rescató a la princesa con la que luego se casaría.

Y Juanelillo seguía mirándola con sus ojos siempre tan fijos y abiertos, como si se asombrase de aquellas historias tan fantásticas. Hasta el ratoncillo asomaba su hocico por el agujero para oír los cuentos de aquella niña.

La botella, en cambio, no despertó el interés de Esperanza. La había dejado junto a Juanelillo, así como estaba, llena de polvo y bien tapada. Pero una tarde de esas, poco después de que la niña se marchase dejando el gran libro de magia junto al autómatas y el sótano se quedase del todo a oscuras, el ratoncillo, que al parecer era tan curioso como la propia niña, se acercó a ver qué era aquella cosa tan grande. En realidad, lo que quería era comerse las hojas de aquel antiguo libro. Al pasar junto a la botella, la tiró. El roedor se asustó y volvió deprisa a esconderse en su madriguera. La botella rodó por el suelo y chocó contra el cuerpo de madera de Juanelillo.

“¡Plof!”, se oyó en el silencio del sótano. “Fsssssss...”: un silbido siguió a aquel ruido. Con el choque, el tapón de la botella había saltado y una especie de niebla brillante salía de ella. Revoloteó sobre el muñeco de palo y fue cayendo sobre él, metiéndose por cada resquicio, por las juntas de los hombros y del cuello.

El muchacho de madera, ese al que los niños llamaron Juanelillo, empezó a temblar. Pero no de frío. Él no podía sentir frío, ni calor. Aun así, sus brazos, sus piernas, su pecho de viejo árbol

temblaban. Los tirantes de cuero de sus poleas y los alambres se tensaban y destensaban, como desperezándose después de un largo sueño. Su temblor se hizo más fuerte cuando las piezas de relojería que eran sus tripas empezaron